

VI Jornadas de Sociología

Universidad Nacional de La Plata

9 y 10 de Diciembre 2010, La Plata, Buenos Aires

Mesa 34: Modos del cuerpo: prácticas, saberes y discursos

Entre lo efímero y lo duradero.

Improvisación teórica sobre lo repugnante

Lic. Victoria D'hers

IIGG, UBA-CONICET

victoriadhers@yahoo.com.ar

Índice

Resumen	página 2
Introducción	página 3
Ante todo, cuerpo(s)	página 6
De la repugnancia	página 8
Lo repugnante como sostén	página 10
Conclusiones	página 12
Bibliografía	página 14

Resumen

Considerando al cuerpo como construcción social, tomamos la idea de repugnancia para pensar en qué medida la percepción varía, en sentido cultural y de clase, en el caso de la basura, la contaminación y los cuerpos que allí se construyen.

A partir de analizar la experiencia de personas que viven sobre territorios que fueran basurales, el concepto de repugnancia puede ser una vía para comenzar a desentrañar el complejo proceso de construcción de la corporalidad, viendo cómo se constituyen los límites de lo propio y *lo otro*, de lo permitido y lo pensable frente a aquello que queda por fuera - necesario para definir “el adentro”. Este *otro* puede ser rastreado en los cuerpos, en los cuerpos *otros*, que habitan territorios que desde otras miradas son inhabitables.

Así, la repugnancia está ligada a lo no pensable, y a la vez no percibido en tanto no perceptible. Por un lado, repugnancia operando en ellos, haciendo no visible a la basura en su territorio. Por otro, esos cuerpos *otros* ligados a lo desechable, lo relativo a la basura, la habitan redefiniéndola (evidenciando la durabilidad de lo supuestamente efímero), en el marco de las relaciones de poder que dominan esta problemática en la sociedad de consumo.-

Introducción

En las páginas que siguen, se aborda brevemente la temática de la repugnancia, para relacionarla (aún más brevemente) con el caso de la basura, la contaminación y los cuerpos que allí se construyen. Nuestro interés se centra en las prácticas desarrolladas en la experiencia de vivir en asentamientos conformados sobre basurales, y el aprendizaje implicado –no planificado, pero aprendizaje fundamental en numerosos contextos de nuestra sociedad.

Pero antes de continuar demarcando el planteo, el título merece una aclaración. Se cita el formato improvisación no en un sentido despectivo sino todo lo contrario: en la práctica corporal de la improvisación, se presenta la oportunidad de encontrar los “duraderos” de cada uno inmersos en el aparente puro presente. Las “naturalizaciones” necesarias para moverse, que lenta pero firmemente así como permiten el movimiento, lo limitan. Nuestros formatos, nuestro ser formateado en un punto que nos lleva a lo esperable, y con el que tenemos que luchar sin por eso pelear, para un hacer distinto. Así, se pide aquí una licencia para imaginar un cruce entre la experiencia de la práctica corporal y la práctica de investigación de campo, por ver un paralelismo fructífero.

Esta capacidad de improvisación es llamada al trabajo de campo, no desde el sentido común negativo dado a la idea de ser un improvisado, sino todo lo contrario. Desde lo inesperado es que pueden emerger comprensiones más claras, si es que la claridad es posible en el acercamiento a otro, y a uno mismo siempre entre otros. Esa atención flotante que se reclama desde la entrevista antropológica como una capacidad de escuchar esos emergentes. Creemos que esta capacidad puede aprender de una disposición tanto mental como corporal del investigador, para abrirse a nuevas miradas no pensadas, no pensables desde nuestros marcos teóricos, y sobretodo abrirse a nuevas sensaciones dejándonos interpelar en tanto investigadores de una realidad que co-construimos.

De no ser por este enfoque, justamente la ausencia de *enfermedades* en los sitios en estudio (según lo esperable en sitios contaminados), hubiera resultado en desechar al objeto de la investigación. Por el contrario, se está constituyendo de una forma completamente nueva. Se verá esto en las páginas que siguen. Además, desde este “estado” es que nos sentimos profundamente interpelados a la hora de comprender –tanto en las historias de los entrevistados como en la propia- la importancia del espacio vital como construcción propia, plena de sentidos a la luz de la trayectoria (en sentido de P. Bourdieu).

Entonces, retomando la arista teórica, el trasfondo del planteo es reflexionar acerca de la cuestión de la materialidad y de las disposiciones corporales ligadas a la experiencia material en la vida social, que condicionan lo que se pueda vivir -sentir. Si se define al cuerpo como construcción cultural y simbólica, repensar cómo se insertan estos análisis no solo a nivel de mundo simbólico (considerando superada ya la barrera biologicista), sino reflexionar acerca de en qué medida la percepción varía, en sentido cultural entendido necesariamente como de clase. En esta dirección, consideramos importante recurrir a un ejemplo concreto ligado al objeto de investigación que puede ilustrar dicha variación construida alrededor de relaciones de poder, y no tan solo sujetas a diferencias contextuales en el sentido de variaciones culturales en el proceso de construcción de la corporalidad.

Nuestra investigación busca indagar en los procesos de construcción de la corporalidad, y específicamente en personas que habitan en barrios asentados sobre terrenos que fueran depositarios de basura.

El trabajo se enmarca en un primer acercamiento a la temática desde un Proyecto de Investigación interdisciplinario (Proyecto UBACyT A 804 2007-10, Centro de Información Metropolitana, FADU, UBA¹), centrado en analizar la presencia o no de metales pesados en suelos de los conocidos como basurales a cielo abierto (espacios de disposición no controlada de residuos) en la ciudad de Buenos Aires y el conurbano. En este marco, se realizó (y realiza) un trabajo de visitas exploratorias y luego entrevistas en profundidad con habitantes de los barrios asentados sobre estos terrenos, desde el año 2008.

En primer término el trabajo estaba centrado en la presencia de enfermedades en los citados sitios. Luego, el acercamiento y las sucesivas entrevistas nos fueron mostrando cómo dicho abordaje no nos permitía comprender las complejas dinámicas de conformación de la “salud” y la enfermedad. Así, nos vimos en la necesidad de abordar el proceso mismo de construcción social de la corporalidad, abriendo un novedoso panorama.² En esa dirección, replanteamos el propio marco y las preguntas pertinentes, para abrir el amplio espectro de los estudios sociales de los cuerpos y las emociones. Finalmente entonces, pensamos en el

¹ Dirigido por María Adela Igarzábal de Nistal y Co-dirigido por Alejandro Cittadino.

² No detallamos aquí la bibliografía correspondiente, pero hay numerosos estudios referentes a la llamada Epidemiología Popular, y a temas relativos a la discriminación ambiental. El presente relato busca enmarcar el grado de “improvisación” y la necesaria disposición que tuvimos que mantener a lo largo de estos años de indagación, intentando siempre mantenernos alertas con nuestros propios formatos, aquellos que nos habilitan y constriñen.

posible efecto de *acostumbramiento* en la experiencia de estos habitantes.³ La continuidad en el tiempo del trabajo de campo nos permitió ver dicho efecto, actualmente en análisis.

Así, a partir de dicho marco, proponemos aquí pensar con cierto tono antropológico, la idea de la repugnancia y cómo constituye los límites de lo propio y *lo otro*, de lo permitido y lo pensable frente a aquello que queda –en teoría- por fuera, a la vez necesario para definir el adentro. Este otro entonces, puede ser rastreado en los cuerpos, en los cuerpos *otros*, aquellos que habitan espacios desde otras miradas inhabitables. En esta dirección, en este ejercicio la repugnancia puede finalmente ser ligada con lo no pensable, y a la vez no percibible.

La repugnancia está ligada a lo no percibido en tanto no perceptible. Por un lado, repugnancia operando en quienes habitan allí, haciendo no visible a la basura en su territorio. Por otro, esos cuerpos *otros* ligados a lo desechable, lo relativo a la basura, la habitan redefiniéndola (evidenciando la durabilidad de lo supuestamente efímero), en el marco de las relaciones de poder que dominan esta problemática en la sociedad de consumo.

Cabe destacar que hacemos referencia a asentamientos sobre basurales, de los que se sabe la existencia previa al asentamiento, y donde los terrenos tienen varios metros sobre el nivel de la calle. Esta aclaración no es menor, dado que varias veces la propia repugnancia (del investigador, y sus interlocutores) lleva a hacerse esta pregunta, no comprendiendo la idea misma de vivir sobre basura, rellenando el terreno día a día, tapando de a poco lo que igualmente “no se ve” (repetidamente escuchamos, “esto era un basural”, “esto era la quema”, “acá había de todo”, y el tiempo parece hacer desaparecer todo...).

Finalmente, hablar de la repugnancia desde la idea de lo abyecto, palabra cada vez más utilizada en teoría social quizás por todo lo que “no entra” en lo definido como normal -y lo conforma-, podría aportar a clarificar este proceso de construcción y encarnación de aquello que necesariamente queda afuera, para que un adentro se apropie del sentido. Creemos que es políticamente relevante pensar la basura desde la óptica de lo repugnante y lo abyecto, entendido como aquello que es rechazado y a la vez constitutivo de una realidad social: en este caso espacio necesario para mantener lo “limpio”, que a su vez es resignificado por tantas personas como su soporte de vida, bien tan durable como el mismo suelo que pisan.

³ Parte de lo planteado puede verse en D’hers, 2009.

Ante todo, cuerpo(s)

Hoy en día es ya incontestable el carácter simbólico del cuerpo, más allá de toda posible y persistente mirada biologicista. Cuerpo como materia de sentido, y a la vez instrumento para aprehender el mundo. Cuerpo, finalmente, en tanto relaciones sociales, cuerpo siempre cuerpos que expresan, encarnan múltiples relaciones que dan ese contenido simbólico a lo que es aprehendido, y viceversa: hace que la “realidad” sea aprehensible gracias a ese contenido simbólico del que esa realidad es dotada, y así traducida (término no más adecuado). E igualmente siempre hay un más allá...

En tanto construcción simbólica, la corporalidad opera en el mundo a partir de ser el primer límite posible con el mundo y con los otros que conforman el mundo junto conmigo. El cuerpo, así, se constituye en lugar de la distinción.

Hay numerosa bibliografía referente a estudios del cuerpo. No haremos aquí un recorrido por dicha bibliografía,⁴ pero partimos del reconocido Pierre Bourdieu para comprender que el cuerpo “socialmente informado es el ‘principio generador y unificador de todas las prácticas’ (habitus), y la conciencia una forma de cálculo estratégico fusionado con un sistema de potencialidades objetivas” (Ayús Reyes y Solana, 2008: 30).

Por otra parte, y en relación con el apartado siguiente, debemos referir a Mary Douglas dado que puso al cuerpo y sus límites como “metáfora del sistema social”, en tanto provee “las referencias que demarcan las líneas definitorias entre nosotros y los otros” (Ayús Reyes y Solana, 2008).

En América Latina, en principio podemos pensar al cuerpo desde lo propuesto por Adrián Scribano, diferenciándolo analíticamente como compuesto por: “Un *cuerpo individuo* que hace referencia a la lógica filogenética, a la articulación entre lo orgánico y el medio ambiente; un *cuerpo subjetivo* que se configura por autorreflexión, en el sentido del “yo” como un centro de gravedad por el que se tejen y pasan múltiples subjetividades y, finalmente, un *cuerpo social* que es (en principio) lo social hecho cuerpo (sensu Bourdieu)” (Scribano, 2007: 125).

Sin embargo, como dijimos, en este acuerdo de la construcción social del cuerpo, una digresión. A la luz del tema de investigación, se puede notar la permanencia de miradas biologicistas, la fascinación generada por los crecientes descubrimientos de la ciencia que

⁴ Se puede referir al citado texto de Ayús Reyes y Solana para un recorrido por los diversos enfoques de los estudios sociales del cuerpo.

definen cada dinámica de funcionamiento de nuestro “organismo”. No ahondamos aquí en las diferencias entre cuerpo y organismo planteadas sobretodo desde disciplinas como la Sensopercepción. Pero afirmamos que dicha diferencia sigue estando desbalanceada a favor del organismo, y por ello es que creemos relevantes los estudios sociales sobre la corporalidad.

Frente a esto, se debe comprender cómo actúan de manera dialéctica los tres cuerpos referidos anteriormente, para comenzar a acercarnos a un “más allá” que siempre plantea la temática *cuerpo*.

Y sobretodo en el marco particular del estudio de las relaciones entre ambiente, contaminación y cuerpo, la importancia simbólica del soporte biológico sigue siendo predominante. En nuestro caso, la determinación de presencia o no de metales pesados en la sangre, la presencia de enfermedades (según definiciones médicas) en quienes habitan en espacios contaminados, son la línea divisoria entre el adentro y afuera en todo sentido. Con referencia a lo dicho en el apartado anterior, de seguir esta línea divisoria en los sitios en estudio no habría problemática alguna, dado que no se expresan problemas de salud particulares. Entonces esta perspectiva cobra importancia central.

Entonces, en referencia a aquél más allá, y retomando las teorías sociales recientes sobre cuerpos, David Le Breton definirá al cuerpo además de como una construcción simbólica, como lo inaprensible y a la vez incontrovertible presencia. Esto resultaría en una imposibilidad de representación total y explicativa de él.

Todos tenemos cuerpo, somos cuerpo, habitamos un cuerpo (con todas las implicancias que la opción de dichos verbos trae aparejadas), y a la vez es el primero que escapa a una representación. Excede cualquier intención de limitarlo, explicarlo, definirlo. Cada vez que se intenta tal demarcación, se está perdiendo en su especificidad. Las sensaciones que conforman, que son el cuerpo, a la vez no lo explican. Y tampoco son explicables en sí mismas. Podemos atisbar acercamientos, anecdóticos, contrastaciones, pero siempre habrá un resto, un más allá. A la vez, este más allá es uno vivido por todos, pero siempre de manera diversa -o al menos eso creemos, sentimos, en tanto nos sentimos únicos, y nuestra unicidad está compuesta básicamente por las sensaciones que las propias vivencias, únicas, conforman, y al mismo tiempo vivencias que nos dan acceso a dichas sensaciones... en un movimiento dialéctico permanente. Nuevamente, los “tres cuerpos” que distinguimos analíticamente.

Finalmente, en este más allá Le Breton plantea que históricamente “Es posible descubrir un divorcio entre la experiencia social del agente y su capacidad de integración simbólica.” (1995: 15). Entonces la propuesta de los últimos años desde la teoría europea es la de restituir a Occidente la parte de carne y sensorialidad que le falta.

Se podría pensar, en cambio, que antes que faltante, está obturada, tapada, domesticada.... Siempre estará, pero su horizonte es dominado, recortado (*cf.* 1995: 164).

De la repugnancia

Partamos entonces de esta declaración de necesidad de restituir la parte de carne y la sensorialidad a Occidente, reflexionando acerca de qué papel juega en esta restitución aquello que provoca asco, que enfrenta con lo soportable. Podemos pensar que devuelve esa sensorialidad en su plenitud, desde las sensaciones más viscerales que son relacionadas generalmente con lo más cultural (cuerpo social que conforma un cuerpo subjetivo) y a la vez constitutivo de nuestro ser biológico, no controlable (cercano a la idea de cuerpo individuo). De esta manera, a partir del concepto de repugnancia podremos volver al planteo del divorcio entre la experiencia social y su integración simbólica, desde una concepción algo más sistémica.

Entonces, siguiendo con lo planteado por Carlos Figari, “...en el terreno de las emociones, lo abyecto básicamente discurre entre la repugnancia y la indignación. Lo repugnante según Nussbaum (2006), nos sitúa en el campo del asco, de aquello que nos remite a lo pútrido de la muerte, al no ser y a la falta de humanidad. El asco es la forma primordial de reacción humana a lo abyecto. El asco representa el sentimiento que califica la separación de las fronteras entre el hombre y el mundo, entre sujeto y objeto, entre interior y exterior. Todo lo que debe ser evitado, separado y hasta eliminado; lo peligroso, inmoral y obsceno entra en la demarcación de lo hediondo y asqueroso... Distinguirse del estado de naturaleza implica el pudor, la vergüenza, pero también y sobre todo la repugnancia.” (Figari, 2010).

Así, la repugnancia es definida como una amenaza para la sensación de identidad. Es una reacción defensiva, modo simbólico de defensa. “La sensación de repugnancia protege de las otras, de los márgenes, de lo que perturba el orden simbólico y amenaza en destruir su coherencia. Nace de lo híbrido, de la perturbación de los límites simbólicos...” (Le Breton, 2007: 344).

Pero aquello que provoca reacciones viscerales, compone al ser y a la vez amenaza su unidad, su constitución. Justamente “Su paradoja... consiste en fundar lazo social sobre una separación radical, reunirse contra la abyección y simultáneamente apartarse de los demás que aprecian el objeto de repugnancia o que le prestan menos atención. No se trata de una anomalía en el seno de un sistema cultural; se inscribe en un orden global donde todo se sostiene en mayor o menor medida, no es una fantasía individual o colectiva, sino un principio cultural aplicado a un objeto o situación. Lo repugnante cubre lo que queda fuera de foco dentro de lo pensable...” (Le Breton, 2007: 315).

Entonces, como expresa el autor, lo fundamental es comprender que es parte de los principios culturales que rigen cualquier sistema social. Aquello que es rechazado desde las reacciones más “naturales”, menos premeditadas, pone en evidencia lo que queda dentro, lo que constituye la norma y lo esperable, lo deseable.

Aquello que es normal, definirá el universo moralmente aceptable, y genera reacciones más allá de toda explicación posible: “La repugnancia convoca al gusto, pero también al tacto, al olfato, al oído o a la vista e incluso más allá, al sentido moral del individuo.” (2007: 341). Esta es la clave, el más allá en tanto límites morales de lo aceptable y lo que lo excede y obliga a tomar medidas o alejarse (alejarse) por no poder soportarlo.

Y a la vez un más allá es necesariamente parte del más acá.

Acercándonos a la idea de lo sucio, de la basura, según Mary Douglas, “la suciedad no es una cualidad en sí sino que se aplica a aquello que se relaciona con un límite y representa, más específicamente, al objeto caído de este límite, su otro lado, un margen.” (en Kristeva, 1988). Y siguiendo a esta autora, la basura es aquello que está fuera de lugar (*cf.* Douglas, 2007). Un objeto no es basura en sí sino porque despierta esta sensación de incomodidad, de algo fuera de lo esperable.

En nuestro caso, como el lector habrá podido notar, referimos a la basura en sus sentidos literal y metafórico, dado que en su literalidad (materialidad) vemos (sentimos) la significación simbólica claramente plasmada.

Es decir, en línea con lo que planteamos más arriba, por un lado causa repugnancia ver *restos* donde no deberían estar. Así, la sociedad se afana por apartar los desechos, por no verlos, por desplazarlos a los intersticios, a los espacios no vistos, no valorados.⁵ En palabras

⁵ Para un relato de la constitución histórica de los lugares de disposición de residuos en Buenos Aires y el Conurbano, se puede referir al ya clásico trabajo del antropólogo Francisco Suárez, 2008: “Que las recojan y arrojen fuera de la ciudad. Historia de la gestión de los residuos sólidos (las basuras) en Buenos Aires.”

de Kristeva, “Surgimiento masivo y abrupto de una extrañeza que, si bien pudo serme familiar en una vida opaca y olvidada, me hostiga ahora como radicalmente separada, repugnante. No yo. No eso. Pero tampoco nada. Un “algo” que no reconozco como cosa... En el linde de la inexistencia y de la alucinación, de una realidad que, si la reconozco me aniquila.” (Kristeva, 1988: 9).

Pero por otro lado, ese otro es necesario para la conformación de lo correcto, de lo limpio. Los (cuerpos) que viven de la basura, que trabajan con ella, que habitan esos territorios nos devuelven la imagen de lo que es “opaco”, necesariamente separado de mí para que yo sea yo y que si pasan los límites establecidos incomodan, incluso dan miedo.

Finalmente, en palabras de Figari, “Pero quizás lo más característico de la repugnancia sea el carácter contaminante... ‘Cuando elementos sociales, separados por líneas de un sistema clasificatorio determinado, pierden su lugar al transgredir tales límites; se convierten en impuros y en un peligro para el funcionamiento del sistema’ (Douglas, 1991). Lo que repugna puede ser capaz de contagio e instala la distinción pureza-impureza” (Figari, 2010). Un breve ejemplo a continuación.

Lo repugnante como sostén

Paradójicamente, y en búsqueda de esa mirada sistémica, esos *restos* (materiales, que ya no sirven en la ciudad limpia) se han constituido en la posibilidad de mejora en la trayectoria de vida de muchos, sea como fuente de trabajo, sea como espacio donde construir una vivienda “propia”.

Adentrándonos en el trabajo de campo, nuevamente en este ánimo de investigar desde un “estado de improvisación” para poder movernos más allá de nuestras formas, vemos como a lo largo de las entrevistas se repite (y se ve por la misma estructura de las viviendas) la importancia de la permanencia y proyección futura en esos territorios. La idea de vivienda propia es recurrente en el trabajo de campo, a pesar de que los entrevistados saben que los terrenos están en litigio, o son tierras pertenecientes a dueños privados. Con los años se ha comprobado (desde el cuerpo y el hecho de volver al lugar luego de sufrir los desalojos nada cordiales) que la permanencia es posible. Así, se constituye el propio hogar, con proyección relacionada profundamente con los hijos, quienes también han “aprendido” a ser desalojados., y las prácticas relativas a ello –como dormir con el calzado puesto, saber qué sonidos son indicadores del desalojo, entre otros ejemplos.

Estas reflexiones están actualmente reconfigurando los análisis y las entrevistas a la luz de la importancia de estas huellas tanto nivel del cuerpo subjetivo, como del cuerpo individuo. Esto sería uno de los efectos del citado acostumbramiento, en el que los cuerpos se ven fuertemente configurados para que ciertas experiencias sean *sentidas* de cierto modo, pasen a formar parte del propio relato, de la propia trayectoria, y en dichas narrativas sea posible, pensable y aceptable volver a vivirlas.

El hecho de tener una casa propia es sentido como más válido e importante que el desalojo. Y esto puede ser relacionado con un cuerpo social, con la importancia de la vivienda, y sobretodo de que la vivienda no se identifique con una “villa”, como expresan, y referirlo siempre como el barrio. Todo esto conlleva ciertas acciones, ciertas prácticas, como se dijo, que reconfiguran el espacio de modo diverso, y posicionan diferencialmente a los sujetos.

Entonces, se ve en esta dinámica de resto para unos, lo posible para otros dentro de una misma sociedad, que requiere de este otro para ser tal, para definirse hacia adentro. Así, la idea de sostén también puede ser vista en sentido literal y metafórico: sostén concreto para unos, sostén simbólico para otros en tanto un otro delimitado y lejos, conforma lo aceptable como cercano.⁶

Frente a algunas aspiraciones de explicación netamente cultural planteadas por Le Breton, creemos que no se puede buscar una explicación entre estas diferencias como diferencias culturales, dado que esta mirada diluye la relación intrínseca que hay entre estas dos formas de definir lo mismo. Y fundamentalmente, eso otro es causado por la forma de vida del adentro: basurales en tanto depósitos de lo desechado en la sociedad de consumo, conformada tanto por quienes los ven como un abyecto como por quienes habitan en ellos, en diferente grado. Además, siendo parte de la misma sociedad, el problema adviene cuando eso *otro* se acerca excesivamente, y en virtud de ser parte de la misma cultura disputa espacios y reclama el mismo trato.

Sabiendo lo complejo que es plantear en pocos párrafos esta compleja problemática, podemos citar un ejemplo sencillo para reflejar esta idea.

⁶ A la hora de enviar el presente escrito están en revisión estas ideas y la distinción (si es que la hubiera) entre lo material y lo simbólico. Gracias a planteos del Dr. José Luis Grosso, hemos cuestionado nuestra mirada con referencia a nuestra manera de comprender dicha relación.

Se lee en un cotidiano de la ciudad de Buenos Aires, “Para la comuna, ‘el Riachuelo recuperado será un nuevo frente de ciudad, opuesto al actual ‘fondo de ciudad’ que es ahora’, es decir, ‘un espacio degradado donde se ubican instalaciones portuarias e industriales desactivadas, viviendas precarias y espacios vacantes a lo largo de márgenes contaminadas e indefinidas’”.⁷

En esta frase podemos vislumbrar las citadas diferencias. Lo que hay que recuperar según el Estado -un espacio desperdiciado-, visto desde otra perspectiva es el lugar donde habitan numerosas personas que también son parte de la sociedad, y que de hecho construyen allí tanto sus esperanzas como sus casas de material (no ya de chapas sino de materiales durables, otro de los aprendizajes en el camino de conformarse como barrio). No se ven ya “diferencias culturales” que delimitan percepciones diversas, sino definiciones políticamente relevantes que resultan en que se entienda por “recuperar” integrar a un espacio de la ciudad “degradado” según la mirada del adentro, pero no por ello deshabitado. Ver esta diferencia entre lo que es percibido como vacío y lo que es percibido como espacio vital en tanto cultural, invisibiliza los nexos entre ambas percepciones, la constitución mutua.

Consecuentemente, los cuerpos en este espacio estarían dentro de lo pensable pero en tanto aquello fuera de foco que es englobado en *lo otro*, en el fondo, en lo marginado. Al no ser un afuera, sino lo *otro* en el adentro (políticamente fundamental), se formaría lazo social en varios sentidos: por un lado, el lazo que existe entre quienes lo viven como repugnante, y el que existe entre los que repugnan y los que están siendo etiquetados de esta forma. Este etiquetamiento constituye un lazo social, por el rechazo y la exclusión implicados, que sirven a su vez para definir una y otra vez lo que debe ser, y lo que se debe hacer con un espacio como la ribera de un lugar como el Riachuelo (expresión de numerosos casos de espacios caracterizados socialmente por su repugnancia).

Conclusiones

En un camino circular, volvemos a la importancia de lo, a primera vista, efímero y su durabilidad. Si en la improvisación se valora el hecho de saber cuando “algo” está ocurriendo, ese “estar disponible” para que algo suceda sin a su vez definirlo de antemano (pues desaparece), en esta investigación hemos aprendido (estamos aprendiendo) a mantener ese

⁷ <http://www.foroambiental.org.ar/spip.php?article733>, tomado de Diario Crítica, 22 de julio 2009.

estado para lentamente, poder conformar (nunca acabadamente) una posible interpretación de algo tan inaprensible como el cuerpo, los cuerpos y los procesos (dinámicos) de su constitución.

Ahora, volviendo a la relevancia política de lo delineado hasta aquí, y a manera de nota al pie, tomemos una idea de Z. Bauman, quien refiere a las mayorías desplazadas de la sociedad actual como supernumerarios, superfluos, innecesarios, carentes de uso, residuo (2005: 24). Humanos residuales, que se pueden pensar como cuerpos a su vez que aguantan, y en quienes el cuerpo se constituye en su principal, y única, arma.

Le Breton remite al cuerpo en la modernidad como vestigio, como obstáculo, y en este sentido supernumerario. Así, la idea de supernumerario, finalmente, nos podría conducir a ver un paralelismo: si el cuerpo es supernumerario, y si a su vez muchas personas se constituyen en innecesarias, superfluas, supernumerarias, entonces ¿será un camino posible la vuelta al cuerpo? Y desde ver-sentir su importancia, ver la necesidad de cuerpos que soporten, que aguanten acostumbrados al margen, importancia de estos lugares de lo otro, que son necesarios como sostén de lo uno, del centro, de lo correcto y normal. La vivencia en sitios desplazados, abandonados, se constituye en necesaria para la vida correcta y- legal- de la ciudad en su hipocresía de mantenerse limpia gracias a la lejanía de sus propios residuos, llevados al fondo... Distinción así corporal y geográfica fundante.

Entonces, así como hay otras sociedades con otros sentidos y una percepción más o menos amplia, al interior de cada cultura social encontramos múltiples sentidos del percibir, de las maneras en que los sentidos (comunes a una sociedad), son encarnados por los sujetos. Se cree consecuentemente, que en sitios que constituyen lo repugnante para la definición social de lo limpio, los basurales siendo un ejemplo, allí se dan a la vez percepciones particulares ligadas a esa experiencia (en el marco de la propia trayectoria, en la que se constituye nuestro cuerpo –individuo, subjetivo, social-), cambiando radicalmente la definición del asco y lo repugnante.

Entre las primeras entrevistas realizadas en los sitios en estudio y las más recientes, podemos ver cómo en esos espacios de lo otro se encuentran oportunidades para la vida, muchas veces contra el propio discurso enfatizando la intención de irse de allí.

Cabe destacar que pensamos esto en el intento de comprender dichas experiencias, más allá del posicionamiento ético-político que se adopte, de la necesidad de que nadie viva allí donde hay contaminación extrema, como es el caso citado.

Volviendo a las diversas percepciones, Le Breton plantea que quien se alimenta siempre de lo mismo no podrá desarrollar su sentido del gusto, y allí está la cuestión de clase referida al comienzo claramente. Por supuesto, esto no implica una pretensión de explicar todo lo que a esa persona le pase por la misma razón. Pero sí constituye un fuerte determinante, y una forma de valoración de esas “oportunidades para la vida” referidas. ¿Qué sería entonces un “estar a gusto en nuestra piel” (Le Breton) en estas experiencias? El trabajo de las ciencias sociales analizando las representaciones corporales puede ahondar, desmenuzar justamente esa expresión naturalizada, “nuestra piel”, dado que siendo nuestra, no lo es, y el “nuestra” invisibiliza muchas experiencias otras... Ese es el desafío a nivel metodológico, dado lo inaprensible e irrepresentable del cuerpo.

Finalmente, entonces, retomando el inicio de estas páginas, consideramos que “Símbolo de la sociedad, el cuerpo ‘reproduce en pequeña escala los poderes y los peligros que se atribuyen a la estructura social... Toda estructura de ideas es vulnerable en sus confines. El error consistiría en considerar a los confines del cuerpo como diferentes de otros márgenes.’”, dice Mary Douglas (tomado por Le Breton, 2007: 342). Así, este margen constituye un necesario límite, y como tal parte de lo mismo. La propia presencia de ese margen expresa la posibilidad de cuerpos otros que soportan la exposición cotidiana a contaminantes. Y la sola idea de contaminantes, desde otros cuerpos sería un límite fundamental en la definición de una vida “digna”.

De esta manera, siendo que lo repugnante cubre aquello que queda “fuera de foco dentro de lo pensable”, definir eso repugnante tranquiliza, delimitarlo nos define; pero pensarlo como parte de uno mismo nos confronta con la incapacidad social de generar formas de inclusión duraderas.

Bibliografía

- Ayús Reyes, Ramfis y Enrique Eroza Solana (2007-2008). El cuerpo y las ciencias sociales. Revista Pueblos y Fronteras, N°4, dic-mayo. Disponible *on-line* <http://www.pueblosyfronteras.unam.mx>
- Bauman, Zigmunt (2005) *Vidas desperdiciadas*. La modernidad y sus parias. Buenos Aires: Paidós [2004].
- Bourdieu, Pierre (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.

- D'hers, Victoria (2009). "Reflexión en torno a la relación enfermedad-contaminación. Hacia la emocionalidad." En *Boletín Onteaiken* N° 8, Programa de Acción Colectiva y Conflicto Social, CEA, Unidad Ejecutora Conicet. ISSN 1852-3854. Disponible *on-line* <http://www.accioncolectiva.com.ar>
- Douglas, Mary (2007) *Pureza y peligro*. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú. Buenos Aires: Nueva Visión [1966].
- Figari, Carlos (2009). "Las emociones de lo abyecto: repugnancia e indignación." En Scribano A y Figari –comps- (2009). *Cuerpos, subjetividades y conflictos: hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica*. 1a ed.- Buenos Aires: Fundación Centro de Integración, Comunicación, Cultura y Sociedad – CICCUS. ISBN 978-987-9355-91-6.
- Kristeva, Julia (1988) *Poderes de la perversión*. Buenos Aires: Siglo XXI. [1980].
- Le Breton, David (1995) *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión [1990].
- ----- (2007). *El Sabor del mundo*. Una antropología de los sentidos. Buenos Aires: Nueva Visión. [2006].
- Nussbaum, M (2006). *El ocultamiento de lo humano. Repugnancia, vergüenza y ley*. Buenos Aires: Katz. [Cap II: La repugnancia y nuestro cuerpo animal].
- Scribano, Adrián (2005). *Itinerarios de la Protesta y del Conflicto Social*. Centro de Estudios Avanzados, UNC; Instituto Académico Pedagógico de Ciencias Sociales. UNVM. Córdoba: Copiar.
- ----- (2007). *Mapeando Interiores. Cuerpo, Conflicto y Sensaciones*. Adrián Scribano (Comp.). Córdoba: Jorge Sarmiento Editor.
- ----- (2009). "Capitalismo, cuerpo, sensaciones y conocimiento: desafíos de una latinoamerica interrogada." En Mejía Navarrete (ed) (2009). *Sociedad, cultura y cambio en América Latina*. Lima: Universidad Ricardo Palma-ALAS.
- Suárez, Francisco (1998). *Que las recojan y arrojen fuera de la ciudad. Historia de la gestión de los residuos sólidos (las basuras) en Buenos Aires*. Documento de trabajo N° 8. San Miguel: UNGS.